

K2

Gregorio Ariz



No todo es paz en el bosque de Irati. Los estrepitosos cazadores persiguen con saña los animales libres, mientras las hojas del otoño tapizan los senderos. Pero un viento débil bajo las nubes de plomo hace agradable el paseo por este jardín con divisorias absurdas. Todo indica que el fin del ciclo de las plantas está cercano y me trae inevitablemente el recuerdo de cuando brotaron en la pasada primavera, justo en el momento que partíamos de nuestra tierra rumbo al Karakorum.

CALMA ORIENTAL

La pesadilla de los últimos días antes de la salida y los interminables meses de preparativos con la incógnita de la financiación del proyecto, había pesado sobre nuestros cuerpos y no era de extrañar ver a todos durmiendo beatíficamente en los cómodos sillones del aeropuerto de Franckfurt. Los rutilantes letreros cambiaban con guiños los nombres y yo esperaba con ansiedad el anuncio del vuelo que nos tenía que llevar a Pakistán.

Las despedidas y los amigos que nos habían ayudado en nuestra tierra habían

quedado atrás y ahora sólo éramos un pequeño grupo que sobrevivía entre los lenguajes extraños del mundo. Cuando tomamos tierra en Rawalpindi nos vimos envueltos en el calor de la calle y en el ensordecedor ruido de una ciudad ajetreada. Todo el mundo quiere prestar sus servicios y la primera discusión para acordar el precio del transporte, nos avisa que estamos en Asia y que todo debe ser acordado previamente.

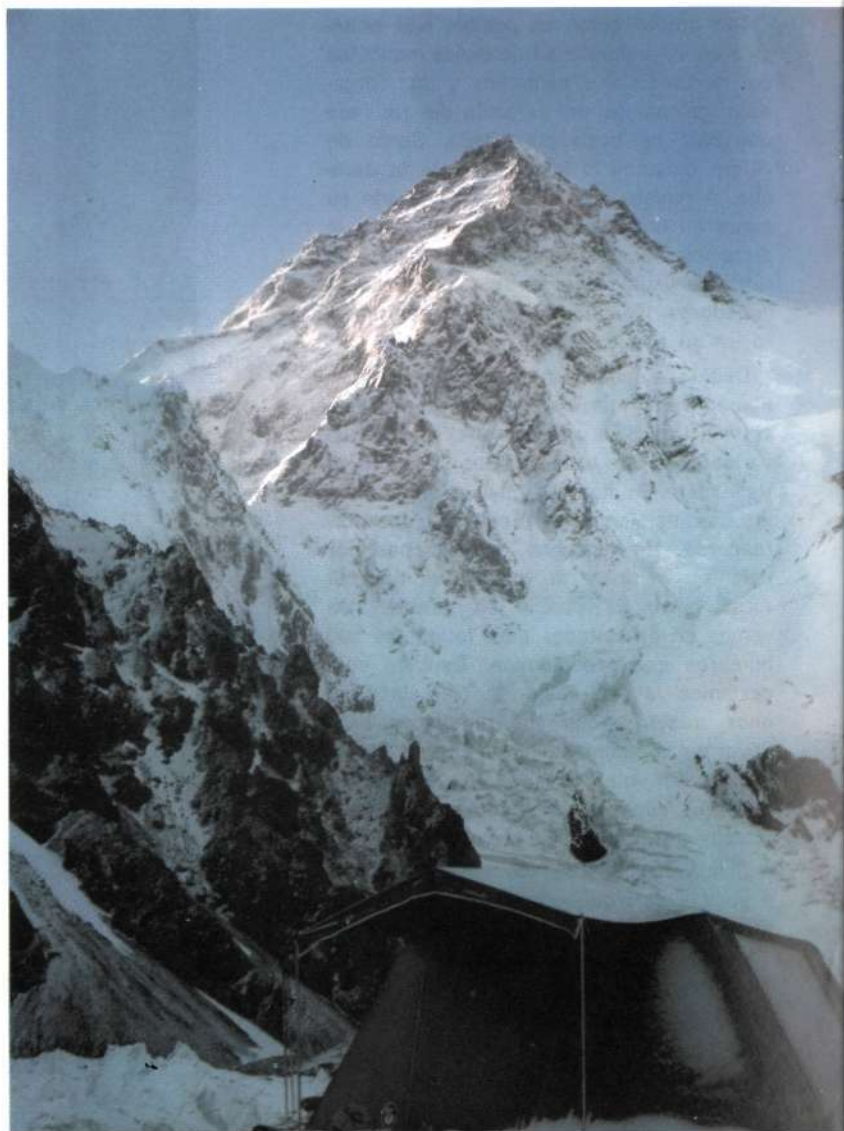
Nos instalamos en el Mrs. Davies Hotel, viejo antro que ha visto pasar bajo sus muros llenos de fauna viviente, a las más



*Expedición navarra
al K-2.
Gregorio Ariz
José Manuel Casimiro
José M.^a Donazar
Javier Muru
Agustin Setuain
Mari Abrego
Agachados:
Iñaki Aldaya
Xabier Garaioa
Juan M.^a Eguileor*

*Amanecer desde
el Campo Base.*

*Vista clásica
del K-2.*



célebres expediciones. En seguida nos dirigimos al Ministerio de Turismo para tratar de sacar adelante los últimos trámites del permiso y la permanencia de todos nosotros en este país. La organización es buena pero la burocracia muy lenta a la espera quizá de la oportuna propina que agilice el trámite. Y como en nuestro caso la propina no se hace patente, vemos pasar los días sin avanzar demasiado. No tenemos prisa. Lo hemos tomado con calma oriental y estamos sorprendiendo a los propios orientales. La experiencia nos sirve para saber que aquí

no deben existir los nervios. Fabricamos «in situ» varias autorizaciones o papeles que nos piden, pero la cosa resulta fácil porque tenemos papeles timbrados de los lugares más extraños. Y como ellos no entienden nuestra lengua, pasa todo por bueno.

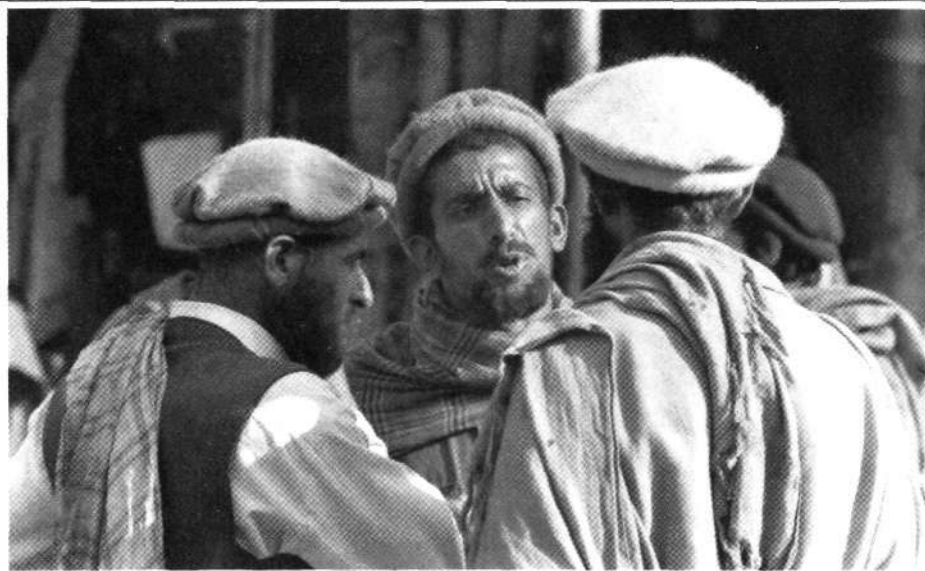
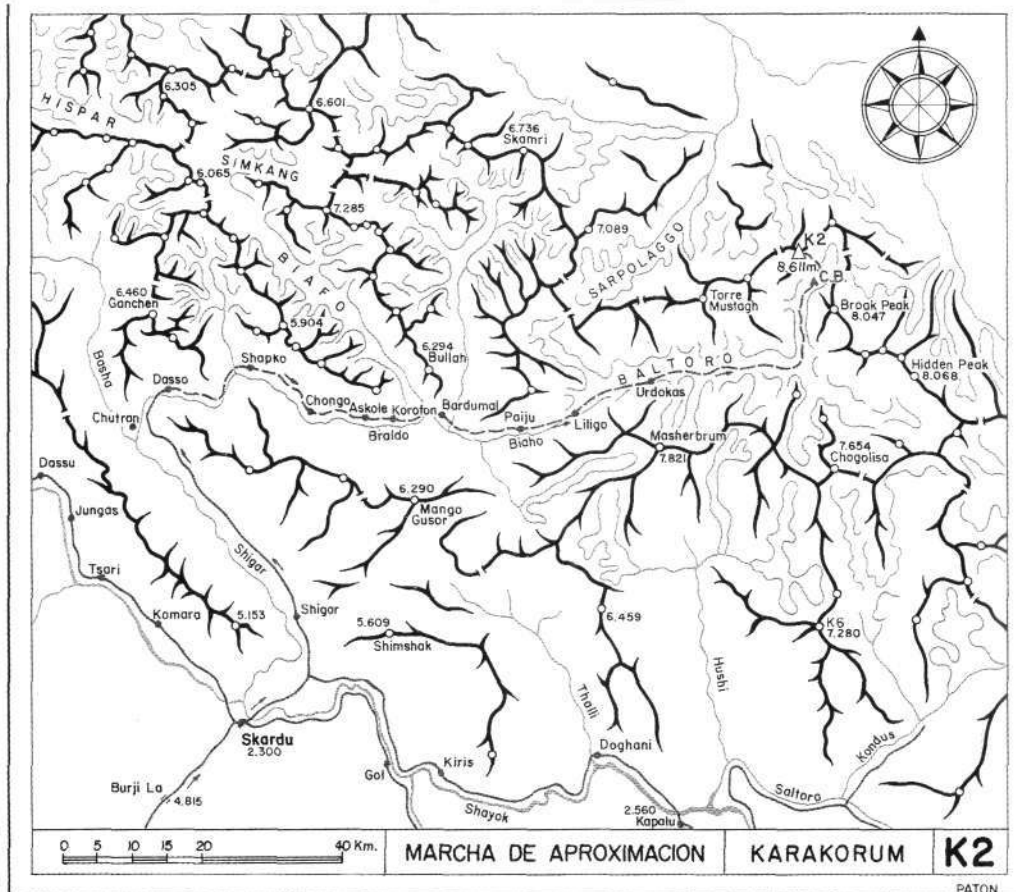
Cuando llega Garaioa con sus camiones de Karachi, el trabajo se multiplica porque se han estropeado varios alimentos y hay que reorganizar los 5.000 kilos. También la compra de otros 2.500 kilos de comida para los porteadores pone a prueba todas nuestras dotes de previsión y nos hace trabajar como enanos. A los que piensan que cuando partimos de nuestra tierra nos esperan unas vacaciones, les llevaría yo un día a trabajar a un lugar como éste. Claro que de vez en cuando es fiesta y nos entretenemos conociendo esta ciudad por las perdidas callejas cámara en ristre.

No es fácil sacar fotos a las mujeres pero a base de un tele y un poco de astucia, conseguimos algo. Nos quedamos un poco desilusionados al ver que no hay ningún edificio relevante que por su arte o antigüedad pueda llamarnos la atención. Sólo las mezquitas y la gente son motivos interesantes. Apenas hay turistas y por lo tanto tampoco encontramos muchas cosas que podamos adquirir como recuerdo.

Tan pronto como es posible nos ponemos en viaje para ir a buscar las montañas del norte. En dos camiones y una furgoneta, galopamos por la orilla del río Indo que baja un poco alborotado. Cerca de Gilgit tomamos la bifurcación de la derecha. A nuestros pies el río ha cavado su curso en unas gargantas prodigiosas y la pista excavada entre rocas verticales, se retuerce valle arriba entre parajes sobrecogedores. ¡Cuántos obreros habrán muerto en su construcción!

Debido al constante trabajo de mantenimiento la carretera sólo permanece abierta tres días a la semana. Al fin, tras varios días de viaje, vamos llegando al Valle del Baltistán, en cuya capital, Skardu, nos instalamos para contratar los porteadores. Hay muchas expediciones por delante y a pesar de que la voz de solicitud corre de pueblo en pueblo, nos vemos en dificultades para reunir los 300 hombres que necesitamos. También concertamos la utilización de tres Jeeps y once tractores con sus remolques para llevarnos a nosotros junto con la carga, los 90 Km. que nos separan de Dasso, que es donde realmente comienza la marcha de aproximación.

Skardu es un pueblo artificial cuyas casuchas de madera enseñan unos pocos artículos a precios altos. El terreno es desértico y sólo el verdor de unos chopos, junto con las cúpulas nevadas de las montañas cercanas, ponen una nota de



Baltis.

Pasos de escalada en la aproximación.



color. El Oficial de Enlace que tenemos asignado por el Gobierno nos ayuda en la contratación de los Baltíes y el recién estrenado «Sirdar» nos organiza un poco este tremendo barullo. En la oficina de Correos compramos una buena provisión de sellos y aerogramas para nuestra correspondencia. Nos damos cuenta en seguida de lo mal que van a ir las cosas en el aspecto de comunicaciones. No hay télex. El teléfono para el envío de los telegramas se corta a cada momento. Queremos poner una conferencia a Iruña y nos dan un plazo de tres días. Y con el panorama de la carretera cortada cuatro días a la semana nos vamos haciendo a la idea de cómo van a ir las cosas.

Una mañana bien temprano partimos con los Jeeps. Los tractores han ido de noche pero les alcanzamos en el bello pueblo de Shigar. Los árboles floridos nos indican que cuando bajemos podremos comer albaricoques en abundancia. Los porteadores han ido andando y corriendo estos 90 kilómetros y cuando llegamos a Dassu ya nos esperan para recoger su carga. Allí hacemos el reparto de botas, calcetines, gafas, guantes y plásticos para la lluvia. Todo esto está reglamentado y cada uno se sabe la lección. Son interminables pedigüños y si ven que a uno le hemos dado una cuerda para atar su bulto ya tenemos una fila de cien tíos pidiendo su cuerda.

UNA ANDADURA INTERMINABLE

Aquí comienza la andadura 180 kilómetros nos separan del K2, divididos en once días de marcha, aunque los días reales a

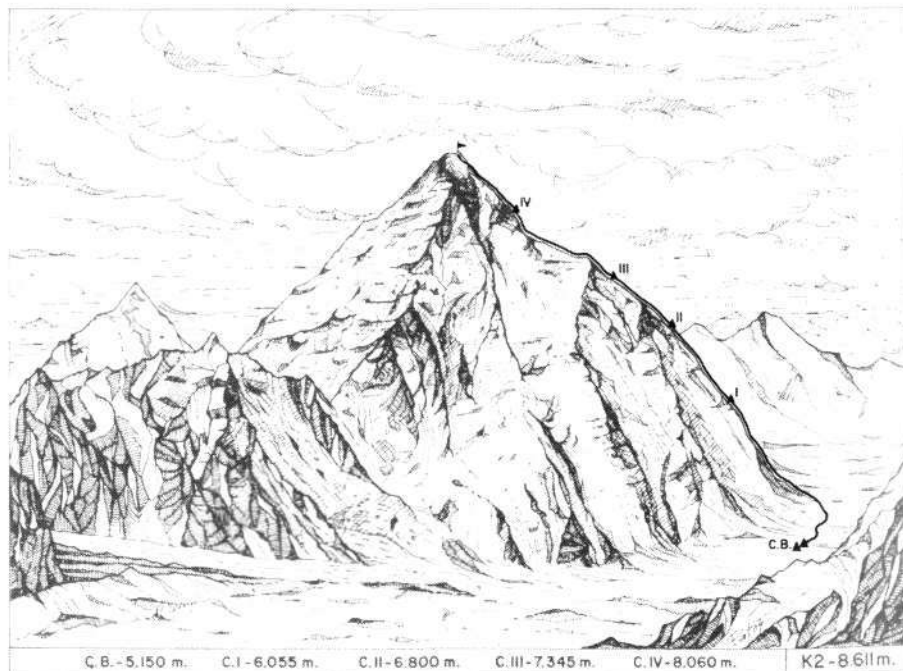
cobrar por su trabajo serán catorce. Las dos primeras etapas son las más duras en cuanto a horarios y desniveles. Pero la acampada al atardecer se produce en lugares habitados y esto hace que el ambiente sea más distendido. El río Braldo baja furioso por este encajonado valle de altas cumbres, regando petachos verdes en donde se pueden ver cultivos y pueblos escondidos.

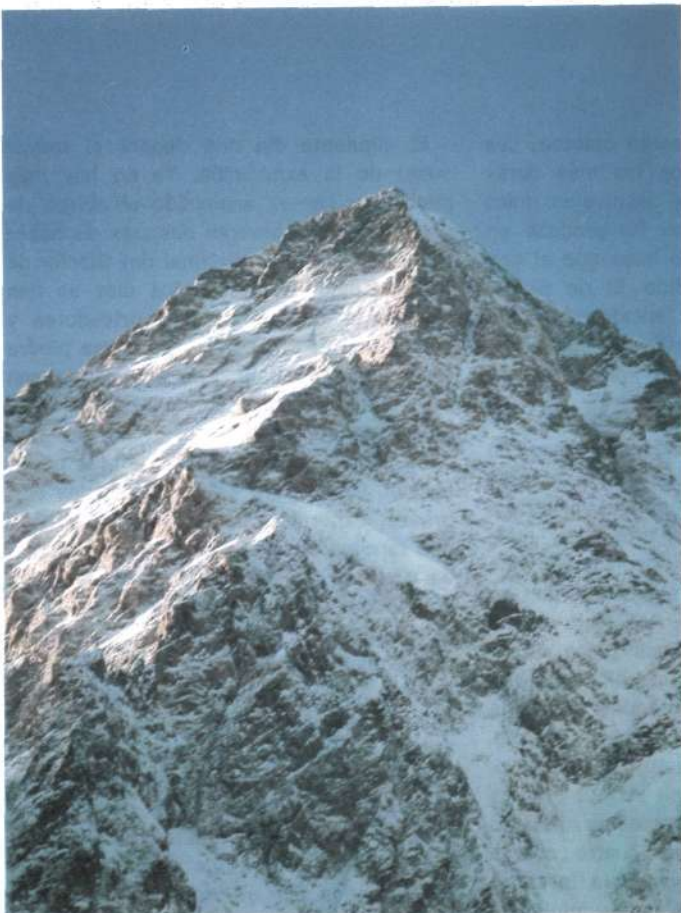
Tenemos que filtrar el agua para no coger enfermedades y buscar las fuentes que brotan en varios puntos. Los porteadores caminan generalmente muy diseminados. Llevamos con nosotros los que otros han desechado y algunos tardan en completar su jornada. En Askole la parada es obligada. Aquí pagamos parte de lo estipulado, les damos cigarrillos y repartimos por primera vez comida para dos días. Esto produce un trabajo enorme, pero nos libera de algunos porteadores. En estos despidos lógicamente vamos anulando los que más problemas nos causan. También compramos cuatro cabras a precio abusivo y un yak para la carne que también les tenemos que suministrar. El alcalde, que es dueño de casi todo el pueblo, nos pide que nuestro médico visite a varios enfermos familiares suyos y hacemos con él un trato pintoresco. A cambio de la visita médica le pedimos que nos deje fotografiar de cerca a sus mujeres. No sin antes meditarlo un buen rato, accede y con la luz tímida del atardecer, podemos dar gusto a una ilusión frustrada hasta el momento, en el tejado de su casa.

El siguiente día nos depara el mayor susto de la expedición. Ya no hay más pueblos y hemos acampado al abrigo de unos muros de piedras después de haber atravesado la morrena final del Glaciar de Biahó. Como casi todos los días se han reunido la mayoría de los porteadores y vemos que el Sirdar subido en una piedra les predica en Baltí. Los ánimos se van calentando y vemos a nuestro Oficial de Enlace pasearse nervioso. El no entiende bien el Baltí, pero se nota que algo no es normal. Como este es el país de las sorpresas, esperamos expectantes a ver en qué termina el barullo que va poco a poco en aumento. No tardamos en comprender que lo que allí se cuece va contra nosotros, a juzgar por las miradas encendidas y los palos en alto que apuntan hacia nuestra tienda. Nuestra inocencia sin embargo no nos permite comprender que lo que quieren es calentarnos la badana y sólo cuando vemos que en un momento determinado se dirigen hacia nosotros en plan de guerra, nos percatamos de lo que es inevitable. Pero unos gritos más fuertes lanzados por el propio Sirdar hacen parar a la turba agitada, cuando las distancias eran cortas y por lo menos uno que yo sé, estaba a punto de echarse a correr.

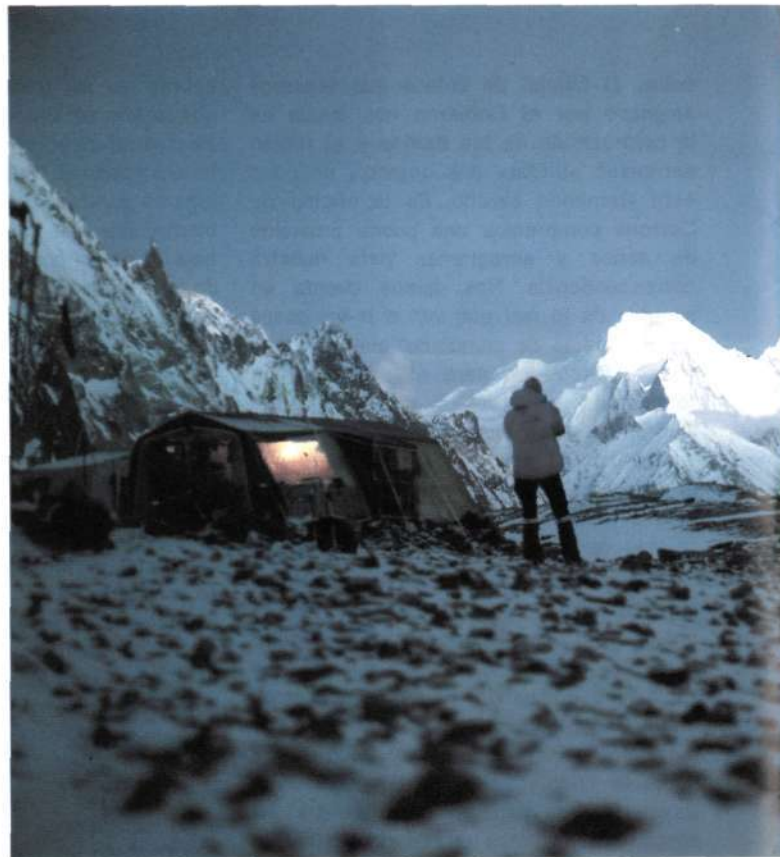
Nuestro Oficial de Enlace interviene y les propina un discurso apaciguador al comienzo, pero con un final tragicómico, a base de golpes de arrepentimiento en el pecho y cabeza, así como un llanto delirante. El espectáculo es dantesco y el hecho de ver a más de doscientos hom-

Nieve en el glaciar.





La obsesionante cresta SE del K2.



El Chogolisa, al Sur, al otro lado del glaciar Baltoro visto desde el Campo

bres llorando, hace que me pellizque, en busca de la seguridad de que lo que vemos no es un sueño. Más tarde se aclaran las cosas. El Sirdar ha querido asustarnos para hacernos saber que no está conforme con el equipo que le hemos dado. Nos sentamos a dialogar un tema que podría haber quedado resuelto si hubiera mediado anteriormente la primera palabra.

A partir de aquel momento no hubo más bromas y todos deseábamos fervientemente la llegada al Campo Base para perder de vista a esta tromba humana cuyo comportamiento tan estrechas nos las ha hecho pasar. Sin embargo aún estamos muy lejos y al día siguiente todos nos tenemos que mojar el culo para pasar un ancho río de heladas aguas turbulentas. Vamos ganando altura paulatinamente y en un recodo, de improviso, aparece el cogote cimero del K2 muy lejos en el horizonte. Su visión dura muy poco rato ya que después volvemos a sumergirnos en el valle que se estrecha.

Payu es un pequeño oasis antes de pisar el Glaciar del Baltoro. Allí los porteadores se aprovisionan de leña que cortan y preparan en fajos para subirla durante dos días de camino. También preparan sus chapatis en pequeñas hogueras. El manantial de agua limpia baja como un regalo y todos estamos contentos en este lugar. A partir de hoy nos quedan cinco días por entre los hielos del glaciar en un ambiente hostil de frío ganando altura suavemente. Más arriba de Liligo a media mañana los porteadores se ponen a bailar

en una de las paradas. Este inesperado hecho nos alegra y tratamos de mezclarnos en su danza. Lo debemos de hacer muy mal y ellos ríen a carcajadas.

LA MAGIA DEL GLACIAR BALTORO

A una orilla del Glaciar acampamos en el último punto en donde es posible disponer de hierba: Urdokas, lugar de grandes bloques con pequeñas terrazas, que en el descenso nos parecerá un palacio rodeado de jardines con las flores de las alturas. Estamos ya a 4.000 metros y el paisaje ha adquirido una belleza insuperable. Pocos rincones del mundo poseerán el encanto de esta visión fantástica. Aquello que habíamos visto en los libros de cuidadas fotografías estaba aquí delante de nuestras narices. Las Catedrales del Baltoro, las Torres del Trango, Uli Biaho, Pico de Payu, una sinfonía inabarcable de aristas y paredes vertiginosas por las que pocos itinerarios han sido trazados y que constituyen la mayor reserva del mundo para las futuras generaciones de escaladores. Las cámaras de todos sacan chispas y los carretes se gastan uno detrás de otro.

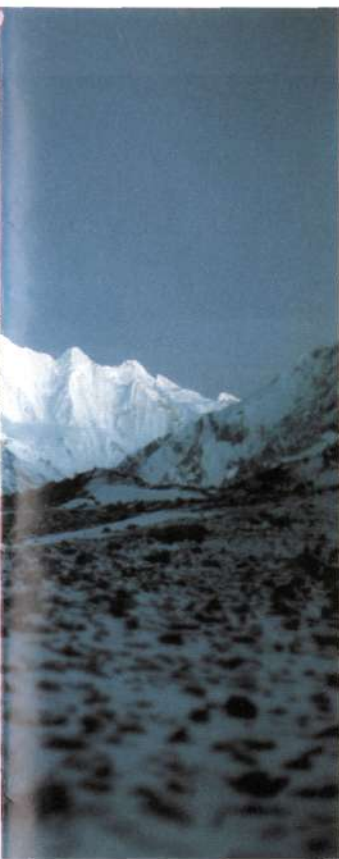
A partir de aquí viviremos el encanto y la brujería de la magia del Karakorum en todo su esplendor. A cada recodo del desdibujado sendero que atraviesa este atormentado glaciar, una sorpresa sucederá a otra. El frío hace mella y algunos porteadores quieren abandonarnos cuando acabamos de dar vista a la legendaria Torre de Mustagh. El Sirdar dice que tiene

mal de altura y al Oficial de Enlace le están dando masajes para el cansancio. Un terrible barullo nos atosiga esta tarde en el lugar que hemos elegido para pasar la noche. Es larga esta marcha de aproximación y a veces parece que este valle no se va a terminar nunca. Da la impresión que estamos aquí de toda la vida.

Encontramos el glaciar cubierto de nieve mientras caminamos hacia Concordia con el macizo de los Gasherbrum enfrente, destacando el G-IV y el Mitra Pic a la derecha. Vamos rebasando entre tanto las cumbres del lado izquierdo y en un momento determinado aparece a nuestra vista la montaña de nuestros sueños, desde el ángulo más conocido. Todos los sabores de la marcha de aproximación empiezan a compensarse por esta visión esperada. Hace frío pero no le damos demasiada importancia. A medida que avanzamos el último día directamente hacia el K2 por el Glaciar de Godwin-Austen, la montaña se va agrandando y cuando llegamos a sus pies vemos su enorme mole llena de glaciares colgantes y aristas interminables que van a juntarse en esa etérea cima de 8.611 metros, donde ahora juegan unas caprichosas nubes.

EL PUB CASA PACO

Pagamos a todos los porteadores y nos quedamos por fin solos montando las tiendas del Campo Base a 4.950 metros. Sólo nos acompañan dos cocineros, dos correos y tres hombres que hemos elegido para que nos ayuden a portear los

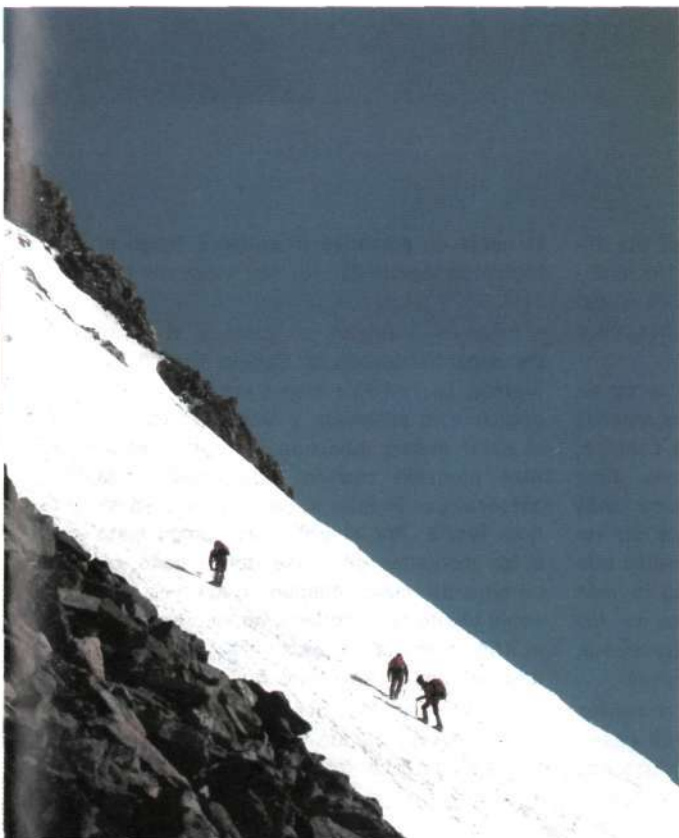


Base.

bártulos hacia las alturas. Estamos a 26 de mayo y el cumpleaños de Muru nos hace descorchar la primera botella de vino de nuestra restringida despensa. Hace casi un mes que salimos de casa y ahora comienza de verdad nuestro comedido.

Unos van por el Glaciar para encontrar una buena ruta y otros comienzan la orga-

Los primeros pasos de la ascensión al K2.



nización del Campamento Base. Prevemos una estancia mínima de 45 días y es preciso aposentarse con cierta comodidad. El eje neurálgico lo constituye la mayor tienda en cuyo fondo apilamos los cubos a modo de estantería en donde es fácil encontrar cada cosa en su sitio. El mayor lujo lo forman las mesas centrales y las sillas de camping así como el radio cassette y la pequeña biblioteca. Una cocina a gas con horno nos proporcionará el pan que haremos regularmente. Muy cercana tenemos la cocina principal apañada con varios toldos, un muro de piedras y la tienda adosada con almacén de cosas generales y el dormitorio de los cocineros. No muy lejos dos tiendas grandes, una para fumadores y otra para no fumadores serán nuestros dormitorios y el almacén de los efectos personales. También los porteadores de altura disponen de una tienda y un gran toldo tapa un sinfín de bultos que esperan su transporte hacia los campos superiores.

A los dos días ya tenemos definido el lugar destinado para el Campo Base Avanzado y comienza la danza del transporte. El Oficial de Enlace no se siente bien y decide bajarse valle abajo. Le acompañan los dos correos que ya empiezan su cometido y preferimos que se marche. No nos iba a ser de utilidad y aquí tenía garantizado un aburrimiento prolongado.

El Señor Doctor tiene verdadero celo en el cumplimiento de su trabajo y nos deja ciegos a todos con unas gotas para dilatar las pupilas. La alarma es general porque en dos días no se nos regula la

vista y la bronca que le propinamos es morrocotuda. Nieva intermitentemente pero como es fácil ir al Campo Base Avanzado aprovechamos el tiempo para ir llevando cosas.

A partir de aquí una pendiente interminable se dirige hacia las alturas. Empezamos a subir y localizamos algunas cuerdas viejas que asoman en algunos puntos. Las cordadas de cabeza van recambiando las que están muy estropeadas y revisando todos los anclajes que generalmente están colocados sobre clavijas en la roca o por medio de anillos de cuerda. Cuando descubrimos el emplazamiento del Campo I subimos las tiendas para pillar sitio. Alternamos el trabajo de porteo con los descansos obligados que nos marca el mal tiempo que alterna con algunos días claros.

Hay otras expediciones en torno a la impresionante cara Oeste llevan ya varios días trabajando fuerte. Los ingleses a diez minutos de nuestro Campo Base no terminan de instalar el suyo, ya que varios miembros, después de realizar una buena escalada en la zona de Urdokas, se aclimatan en el Broad Peak. Renato Casarotto y su mujer Goretta están junto a nosotros dando sus primeros pasos en el Broad Peak Norte y una expedición alemana acaba de perder un miembro en su intento de ascensión a este mismo pico. También dos polacas están en el Broad y la buena situación y comodidades de nuestro Campo, hace que se empiece a popularizar en el Baltoro por lo que ya lo bautizamos con el nombre de «Pub Casa Paco». Cuando

La chimenea House preparada con escalas.



hace mal tiempo, todo el mundo aparece para tomarse un té con galletas y chocolate con gusto a gasolina y a jugar una partida al parchís sentado en una silla. Pequeño lujo en medio de los glaciares.

Después de las nevadas caen algunos aludes que llegan a asustarnos. Nuestro Campo Base es como una isla en medio del glaciar. Estamos a un kilómetro de la primera pendiente y sin embargo el polvo de algunos de estos aludes llega a peinar nos las tiendas dejándolas blancas. Cuando se queda raso hace mucho frío y el saco de dormir parece un témpano de hielo. El 7 de junio dos miembros en cabeza alcanzan la altura del Campo II a 6.660 metros, después de superar la chimenea Housse que se halla equipada con una excelente escala de electrón con peldaños anchos. Siempre que alcanzamos un punto vital se descorcha una botella de vino añejo.

PREPARANDO LOS SANFERMINES

A pesar de nuestro empeño, siguen apareciendo días malos que nos retienen inactivos cabreándonos un poco. Esto nos parece normal y como tenemos confianza de que el mes de julio saldrá radiante, tratamos de adelantar el trabajo al máximo. Por eso a veces porteamos incluso dentro del mal tiempo ya que la ruta está muy señalizada y es fácil la retirada aun en caso de quedar atrapados. Sin embargo cuando uno se queda en un campo incómodo y aislado, en cuanto puede se escapa hacia el Campo Base. La buena cocina con los guisotes preparados por el amigo Antxon Zamarbide y enlatados en el Pamplonica, reclaman nuestra presencia y nos levantan un poco el ánimo decaído por las inclemencias del tiempo. Esta comida casera y el pan que seguimos fabricando puntualmente son los mejores alicientes de «Casa Paco». También atraen con su olorico a la gente de alrededor y los cálculos iniciales de consumo se van desmoronando.

A mediados de mes el tiempo se estabiliza y sin perder tiempo nos encaramamos en nuestra arista. Hay un gran trabajo que realizar sobre todo de transporte. Los porteadores nos ayudan pero se escaquean bastante. La verdad es que todo lo que saben de montaña lo están aprendiendo ahora ya que nunca se habían puesto unos crampones ni visto un piolet de cerca. Es por eso que nos toca trabajar de lo lindo. La ruta se encuentra segura con las cuerdas y es fácil incluso caminar solo ayudado por la seguridad del Jumar. Cada uno tiene su ritmo y es normal ir bastante diseminados.

A pesar del buen tiempo, por arriba no deja de soplar la ventisca y las cordadas de cabeza se quejan de vivir situaciones dificultosas por el viento. El panorama va

siendo cada vez más hermoso por las afiladas cumbres que nos rodean. Un sinfín de glaciares discurren a sus pies como ríos inmensos que transportan lentamente los bloques caídos de lo alto.

Visitamos la pirámide Gilkey a cuyos pies reposan varios alpinistas que unieron su vida al K2. El monumento es sencillo, en un lugar estratégico con una vista extraordinaria. Aquí uno no tiene más remedio que descubrirse y tener un recuerdo profundo hacia estas personas que a lo largo de los años han dado lo más preciado, por el descubrimiento de los secretos de esta pirámide gigantesca, reina y señora de todo el Karakorum.

Ha salido el sol, pero tengo rotos los pantalones y antes de partir he de coserlos pacientemente. Mientras voy pasando

la aguja en puntadas irregulares tengo el lógico pensamiento. ¡Si me viera mi madre!

Estamos a finales de junio y la punta de lanza ha llegado al Campo III a 7.280 metros. La Pirámide Negra era uno de los puntos más delicados y la verdad es que al estar menos equipado hay que prestar más atención cuando todo cuesta más esfuerzo por la falta de oxígeno que ya se nota fuerte. Por el otro lado damos vista a las montañas de China donde hace generalmente mejor tiempo. Cada vez que sopla viento de este lado, aunque aumenta el frío, siempre se estabiliza y podemos caminar en nuestro empeño.

Se acercan los Sanfermines. Nuestra ilusión estaba puesta en la posibilidad de tener a punto los intentos de la cima para



Foto: G. Ariz

La montaña de las montañas.



esta época, pero todo hace prever que los vamos a disfrutar en el Campo Base en medio de fuertes nevadas. Invitamos a los vecinos y juntos hacemos una comida en donde varios cocineros voluntarios hacen gala de su habilidad. Sin embargo todos tenemos un fondo de tristeza metido dentro que impide el jolgorio. Los campeonatos internacionales de parchís se suceden y cada uno consume su tiempo como puede para aburrirse lo menos posible.

MUY TRISTE

Unos días más tarde cuando subimos de nuevo hacia arriba, vamos encontrando las tiendas de los campamentos destrozadas. Tal y como se nos van presentando las cosas, ya empezamos a pensar

que a lo mejor este mal tiempo no cambia en todo el verano y que nos vamos a quedar sin intentar seriamente nuestro objetivo. Decidimos ya que caso de poder continuar la cuestión va a ser bastante ligera y por supuesto sin oxígeno.

El 13 de julio escribía en mi diario: «Cuando amanece la niebla invade por completo nuestro entorno. A medida que avanza la mañana, algunos claros abiertos dejan colar algunos rayos del sol que taladrarán las nubes. Nada más pasar el centro del día, vuelve a cerarse y la nieve en forma de copos diminutos cae a remolinos. Al atardecer, un vientecillo del sur barre las nubes elevándolas de manera que ya de noche algunas estrellas hacen su aparición. Nada importa porque invariablemente más tarde nevará y al amanecer una leve capa cubrirá el suelo».

cer una leve capa cubrirá el suelo».

Los días pasan y en el fondo todos pensamos con tristeza que nuestras oportunidades van tocando a su fin. El ambiente psicológico del grupo es terrible y aunque no afloran grandes discusiones, la procesión va por dentro y se masca la tragedia en las caras largas. Trini y Pili han venido hasta aquí aprovechando la llegada de la expedición de Huesca a los Gasherbrum y nos traen las noticias de la tierra con la impaciencia que reina por aquí. El sentimiento de aislamiento ha marcado profundamente nuestra estancia ya que nos hemos sentido realmente en el culo del mundo a nivel de comunicaciones.

El 22 de julio estamos metidos de lleno en el intento que consideramos definitivo. Hace buen tiempo pero lo necesitamos seis u ocho días seguidos para tener la oportunidad real de llegar arriba. Conocemos perfectamente hasta los 7.600 metros de nuestra ruta, pero los mil metros finales siguen siendo una incógnita. Estamos preparados para subir en plan bastante ligero. Subimos rápido y por eso en cuarenta y ocho horas tenemos tomadas posiciones en el Campo II y III. Pero ha bastado este tiempo para que la desilusión más profunda invada nuestro cuerpo. El día 24 las comunicaciones por radio son muy lamentables. El mal tiempo ha vuelto a adueñarse del Chogori y nuestra voluntad se ha derrumbado por estos sesenta días de incertidumbres. ¡La cumbre! Eso tan preciado y fundamental se nos escapa de las manos. No ha habido concesiones. Todos excepto uno hemos decidido que debemos retirarnos pero posponemos a mañana el hecho en sí de comenzar a bajar. La noche es muy triste. Profundamente triste.

Cuando amanece este 25 de julio por la rendija de la tienda veo la nieve caer como tantos días. Hace dos meses que llegamos aquí. Tenemos que decir adiós a nuestro Chogori. En un momento de emoción sincera algunas lágrimas escondidas sueltan ese agur de despedida. Pero una sensación liberadora comienza a renacer desde lo más profundo y el pensamiento del encuentro con la vida del valle vuelve a poner la alegría de ese retornar a las cosas que han estado privadas para nosotros en este tiempo. Sólo Mari queda prisionero de las redes de la montaña porque aún no se ha doblegado.

Los demás, una vez recogidos los bártulos, damos la espalda a esta pirámide orgullosa y mientras nos vamos alejando por el glaciar, aún volvemos la cara despidiéndonos lentamente de este lugar en el que hemos vivido una aventura profunda. Una de las más emocionantes de toda nuestra vida montañera.